

## Primera visión europea del Japón

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III



EN este tranquilo rincón de Portugal, desde donde ahora escribo, distraigo mis ocios y alimento mi descanso tomando el sol por la mañana en la playa, esperando las tres de la tarde en que nos llegan las últimas noticias de la guerra europea y llenando las horas perdidas, o más bien ganadas, con la lectura de obras clásicas portuguesas. Entre ellas, una de las más interesantes, el libro de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto por los reinos de la China, Tartaria, Sión, Calamián, Segú, Martanán, Japón, etc. Los viajes los hizo a mediados del siglo XVI, los escribió más tarde y no apareció impreso su relato hasta 1614, dedicado al rey don Felipe III de España y Portugal.

Por mucho tiempo se le acusó a Fernán Méndez Pinto, de embustero y hasta se le llamo Fernán Méndez «Minto», esto es: miento. Pero este juicio ha sido rectificado en gran parte. Méndez Pinto, que era un artista, un hombre de poderosa imaginación y que escribía años después de sus azarosas peregrinaciones, lo más seguramente de memoria y sin notas, apuntes o recordatorios, adornó sin duda su relato y las traducciones de cartas y los discursos que nos da, imitando el estilo oriental, parecen ser producto de su fantasía reconstructiva, pero la verdad sustancial, la verdad estética, debe de ser muy grande. Y por lo tanto la verdadera verdad histórica. Basta ver lo que del Japón nos dice.

Fernán Méndez Pinto pasa por ser el primer europeo que dió cuenta del Japón, esto es, que lo descubrió, aunque no haya sido el primero que allí arribara. Y es interesantísimo ver la impresión que le produjo y lo que de los japoneses nos dice y como ello concuerda con cuanto después se ha visto.

Pintanos Méndez Pinto a los orientales no en extremo curiosos y desmayados y cobardes a la vez que crueles, mas al hablarnos de los japoneses nos los presenta como «determinados» (cap. XIX) y helicosos, preocupados de cuestiones de honra o pundonor y despreciadores de los mercaderes. Y curiosos de novedades, como los antiguos atenienses.

En el cap. CXXXIII de su libro nos cuenta como al arribar a la caleta de Misigimaá el Nautaquim, o príncipe de la isla japonesa de Zanixumaa, se acercó al juncó en que iba el autor con sus compañeros y al ver a los por-

tugueses preguntó qué gente eran, porque en la diferencia del nostro y barbas entendia que no eran chinos. Y después de muchas cortesías, saludos e inquisiciones, dijo a los portugueses: «Id mañana a verná a mi casa y llevadme un gran presente de noticias de ese gran mundo por donde anduvisteis y de las tierras que habéis visto, y cómo se llaman, porque os afirmo que esa sola mercancía compraré más a gusto que todas las otras.» Y al ir a verle sometiólos a un interrogatorio a que los portugueses respondieron exagerando la grandeza, riqueza y poderío del rey de Portugal y de su reino. Y añade Méndez Pinto: «porque se não fartava de nos preguntar muitas cousas do mundo a que era muito inclinado».

No reconocéis en esto ya a los modernos japoneses, mezcla de griegos y de romanos, por lo curiosos en inquirir cosas del mundo y su imperialismo? En ellos no estaba apagado el espíritu de curiosidad que apaga o el orgullo de los pueblos que se encierran en una muralla chinesca cantando lo de «nosotros, nosotros, sobre todo, sobre todo en el mundo» suprema fórmula de la barbarie mal difrazada de ciencia, o la modorra de opio material o espiritual a que las doctrinas del renunciamiento budista conducen. El pueblo japonés vivía entonces en plena edad media, en época de feudalismo, es decir, de efervescencia íntima, de abierta inquietud de espíritu. Porque ¿ha habido en Europa época alguna de más activo comercio de ideas y sentimientos, de mayor curiosidad concreta que la edad media? Hasta recelo que una cierta mal enmascarada barbarie se abrió con el Renacimiento y la Reforma, al iniciarse la pedantería.

El capítulo CXXXIV de la «Peregrinacão de Fernán Méndez Pinto, trata: «Da honra que o Nautaquim fez a un dos nossos pelo ver tirar com unsa espingarda, e do que d'alhi suceden» y es extraordinariamente agorero =

hasta profético. Los portugueses, como nada tenían que mercar, gastaban el tiempo en pescar, cazar y ver los templos japoneses donde los bonzes les agasajaban mucho; «porque toda esta gente do Japáo é naturalmente muito ben inclinada e conversavel». Y uno de ellos, de los portugueses, Diago Zeimoto, se entretenía en cazar con una espingarda. Y al ver los japoneses aquel nuevo modo de tiros, que nunca hasta entonces vieran, dieron noticia al Nautaquim que espantado de la novedad mandó ha-



mar a Zeimoto y que le mostrase su artefacto, estamándolo hechicería.

El Nautaquin llevó a Zeimoto a las ancas de su caballo, le hizo su paciente y le festejó grandemente a causa de la escapeta. Hizole ir con él de caza y comprendiendo el portugués que en nada podía obligar más al príncipe japonés que en regalarle el arma de fuego, se la regaló, enseñándole a hacer pólvora. Y en adelante todo el gusto y pasatiempo del príncipe japonés era el ejercicio de la espingarda, y viendo los suyos que en nada podían contentarle más ordenaron mandar que se hiciesen atras por el tenor de aquella y así se hicieron luego. Y ahora llega un pasaje preñado de profecía y es cuando dice: «De maneira que o fervor d'este appetite e curiosidades foi d'alli por deante em tanto crescimento, que ja quando nos d'alli partimos, que foi d'alli a cinco meses e meio, havia na terra passante de seiscentas». A los cinco meses y medio de haber entrado, por mano del portugués Diego Zeimoto, un fusil en el Japón había ya seiscentos! Y añade Méndez Pinto que más adelante, la última vez que le mandó a él el virrey, don Alfonso de Noroeba al Japón, en el año 1556, catorce años más tarde, le afirmaron los japoneses que en aquella ciudad de Fucheo había más de treinta mil, y espantándose él de la noticia y no dándole crédito le dijeron algunos mercaderes, hombres nobles y de respeto, que en todas las islas del Japón había más de 300,000 espingardas. «El por aquí se saberá—añade—que gente esta é, e quão inclinada, por natureza, ao exercicio militar, no qual se deleite mais que todas as outras nações que agora se sabem».

Y a quien esto veía y esto sabía contar se le ha tenido por embustero! Ciertamente, Fernán Méndez Pinto no era, para bien de la literatura portuguesa, eso que se llama un erudito ni un investigador profesional, casi un espía como si dijéramos. Y por eso acertó con la verdad sustancial y esencial, con la que casi nunca el espía, el infame mercenario de la investigación malévol.

Nadie creo, en efecto, que engaña más a su amo, sin querer engañarlo, que el espía, sobre todo si está al servicio de la petulancia y la pedantería imperialista. El orgullo, y el peor orgullo, el delegado y ordenado, el orgullo de ordenanza, no le permite ver claro. Las muestras de cortesía interpreta por rendimientos de admiración o de temor. ¡Desdichado el tirano que obra por informes de espías!

Fernán Méndez Pinto escribió lo que viera y pasara y por haberlo visto y pasado, y no lo vió ni lo pasó para escribir de ello. Sus inexactitudes, o mejor ornatos, son de origen estético, y acaso para hacerle resaltar me-

jar la verdad sustancial e íntima de las cosas. Era un hombre que recogido a su hogar, cerca de esta ciudad de Figueira donde escribo, contaba para instrucción y recreo de los de su familia—así nos lo dice él mismo—sus largas y accidentadas peregrinaciones. La estadística le importaba poca. Y el caso es, como toda persona de juicio lo sabe, que hay obras históricas y estadísticas en que no hay ni un solo dato equivocado y el conjunto es una gran falsificación y otras en cambio henchidas de inexactitudes estadísticas, de fechas trastrocadas, de nombres trabucados, palpitan de verdad íntima y sustancial.

El cap. CXXXVI narra un curioso caso de cómo el hijo de un reyzeuelo japonés quiso que Méndez Pinto le enseñase a tirar con la espingarda, e impaciente, la cogió mientras Fernán dormía la siesta, la cargó hasta la boca, reventósele y le produjo dos heridas arrancándole el dedo pulgar de la mano izquierda. El portugués fué preso y acusado de hechicería, y se disponían a matarlo cuando vuelta en sí

el mozo japonés, contó la verdad del caso. Y luego, en el siguiente capítulo, el no menos curioso caso de la curación del mozo por el portugués y las intrigas de los bonzos para impedirlo. Y el editor y anotador, Sr. Boito Rebello dice, en una nota que este caso se relata en una crónica japonesa, sólo que en ella se dice que ocurrió no con un hijo sino con un hermano de un rey. Y agrega el Sr. Boito Rebello muy eruditamente que habiendo sido Fernán Méndez uno de los actores del drama y habiendo vuelto más veces al Japón, debe preferirse su testimonio. A lo que sólo se me ocurre añadir, por mi parte, que ese mozo japonés así herido y curado, segundo filho d'el rei, por nome Arichandonca, que dice Méndez Pinto, pudo muy bien haber sido hijo de un rey y hermano de otro, su sucesor. ¿No está bien claro? Porque también yo me siento a las veces eso que culturalmente se llama investigador.

Ahora que una vez más dan que hablar de sí los japoneses y hasta hay quien presume que intervengan en las contiendas de esta vieja y petulante Europa, no me parece tan fuera de propósito y de actualidad haber dado esta noticia de la primera directa visión europea—si los portugueses, como nosotros los españoles, son europeos—del Japón. Y si Fernán Méndez Pinto mintió mucho, como decían sus envidiosos, no creo que mintiera más que los telegramas de la actual guerra, provenientes del campo que provinieren.

Miguel Unzueta.

Figueira da Foz,—viii—14.